

9-16-2019

Sincronías

Luis Carlos Silva Aycaguer

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Silva Aycaguer, Luis Carlos. 2019. Sincronías. *Revista Surco Sur*, Vol. 9: Iss. 12, 26-27.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.9.12.11>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol9/iss12/12>

This CRITERIO ATENTO is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Luis Carlos Silva Aycaguer

Sincronías

Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir. Miguel de Unamuno.

Cuando terminé mis estudios de matemática en la Universidad de La Habana, me dominaba la impaciencia; no quería perder un minuto en nada que no fuera "trascendente". Consideraba más bien improductivo destinar mucho tiempo hablando con el jardinero del Instituto de investigación al cual me destinaron, o invertir demasiados minutos oyendo los cuentos de la ascensorista (en aquel tiempo los elevadores necesitaban de un operario) sobre sus nietos. Lo rememoro hoy con cierta vergüenza y también con desazón, pues mucha sabiduría quedó fuera de mi alcance, cuando entrecerré esas puertas. Hoy creo que cualquier testimonio puede ser valioso; cualquier historia, conmovedora; cualquier persona, enriquecedora.

Cuarenta años más tarde vuelvo a estar impaciente; tampoco quiero ahora dilapidar el tiempo. Las razones son diferentes. Otrora, quería aprovechar mis días para "comerme el mundo"; ahora quiero no desaprovechar el mundo. Y ahora sé que todos los días son únicos e irremplazables, me halle en La Habana, donde resido, en Montevideo, donde estoy hoy, o en el norte de la Florida, donde nació lo que en este texto rememoro.

Alguna vez comprendí que se vive de instantes y se muere de años. Quizás, casi seguramente, leí esta afirmación en algún lado, pero lo cierto es que la fuente no está ni en mi memoria ni en Internet. Se me ocurre que una regla posmoderna pudiera ser que aquello que no hallas en Google, puedes considerarlo de tu propia creación. Me atribuyo entonces esta idea; y agrego que cada cual debería vivir con la intensidad que pueda sus días únicos y debería rescatar de sus respectivos contextos los instantes que le van dado sentido a su vida. Y claro, no solo atesorarlos sino también compartirlos.

El 27 de octubre de 2018 fue, como no podía ser de otro modo, un día único, con sus instantes trascendentes y su contexto. Había confluído con cuatro amigos en un restaurante de Saint Petersburg (Florida), reinaba un clima estupendo, se avecinaba





una trascendente contienda electoral en el país (las *midtermelections*) y mis contertulios habían experimentado conmigo, un rato antes, la conmoción estética producida por el contacto con un creador supremo: Salvador Dalí. Habíamos compartido unas horas en el extraordinario museo enclavado en las cercanías, que contiene una parte sustantiva de su obra.

Quizás impactado por esa experiencia, acudí al encuentro con la sensación de que quien no crea, tenderá a no sentir auténticas necesidades, ya que se encuentra con un repertorio de soluciones antes de haber sentido siquiera tales necesidades, como decía — palabras más, palabras menos — Ortega y Gasset. La creación artística, su génesis, su concreción siempre serán misteriosas, acaso hasta para el propio creador. Aquella tarde, nos embargaba el embrujo de Dalí y no podíamos sacudirnos la huella fantasmagórica y exuberante propia de su espíritu provocador.

El rédito que saca el creador de su obra es variado: Modigliani murió en la miseria material; John Lennon vivió millonario y murió en medio del absurdo; Galileo soportó vejámenes intelectuales y disfrutó a la vez de la admiración que despertaba; y un afamado futbolista — que también fue un creador, en su caso de bellísimos goles — comentó que buena parte de su fortuna

se había esfumado a través de sus gastos en alcohol, mujeres y casinos, mientras que el resto lo había despilarrado. Con todos he contraído al final una deuda que honrar. Con Dalí, aquella tarde, la mayor.

La obra de Dalí cosechó el estupor de sus contemporáneos y no deja de generármelo a mí. En la pregunta que hoy me parece relevante, podría anidar una paradoja: ¿ayuda el surrealismo a recodificar y hasta a comprender la realidad que nos circunda? Creo que sí, pero de lo que no tengo dudas es de que contribuye a sobrellevarla. Porque ¿qué situación más parecida al surrealismo que la propia realidad vigente hoy en el país donde nos hallábamos y, también en alguna medida, en el país del que todos procedíamos, Cuba?

Quiero decir, por ejemplo: tal vez los amigos reunidos ese día salimos de su extraordinario museo más preparados para digerir que ese mismo 27 de octubre de 2018 se hubiese cometido un atroz crimen de odio en una sinagoga. Y más entrenados para encajar que los egoístas y torvos esfuerzos de Donald Trump y sus seguidores por conseguir que América vuelva a ser "grande" produzcan un estado de zozobra en buena parte de la ciudadanía ante la vileza asentada en una codicia obscena y cruel.

Las impactantes imágenes surrealistas del egocéntrico universo daliano, sin embargo, no bastaban para consolarnos aquella tarde. Solo nos alentaba la expectativa, a la postre confirmada, de que esa parte de los votantes consiguiera, no detener la tendencia que echó a andar dos años antes, pero sí obstaculizar su desarrollo. Los resultados terminaron estando signados por cierta ambivalencia, como la de aquel cuadro en que podemos ver la sensualidad de Gala o la hidalguía de Lincoln según la perspectiva desde la cual lo admiremos. Pero en aquel momento ignorábamos el desenlace; solo contábamos con la desazón y la esperanza compartiendo el mismo espacio, la misma mesa.

En cualquier caso, siempre reconforta sentir (no solo saber) que uno no está solo, que otras personas cercanas y cálidas están instaladas en el mismo refugio afectivo y humano, dispuestos a no ser indiferentes cuando la decencia peligra. Ese fue mi instante trascendente, útil para seguir dando gracias a la vida pese a todo.